

# PERO MEXÍA: LÍMITES DE LA *SILVA*

JOSÉ LUIS VARELA  
*Universidad Complutense de Madrid*

Con incredulidad benevolente, dado su general buen sentido, leemos en el cap. XXXVIII, parte primera, de la *Silva*: «Alberto Magno cuenta, como testigo de vista, que en Colonia, ciudad de Alemaña, estaba una moza, que desde niña se acostumbró a sacar arañas por las paredes y comerlas; y después asimismo toda la vida las comía y engordaba y se criaba con ellas»<sup>1</sup>.

Aduzco este ejemplo, expresivamente grotesco, sin el menor ánimo de captar la benevolencia, como es obvio, de los habitantes de una ciudad en la que he vivido y trabajado años inolvidables, sino como anécdota reveladora, entre otras muchas, de dos aspectos cautivadores de este famoso libro: su valor documental de una mentalidad pre-científica (obediencia, todavía estable, al principio de autoridad: lo dice San Alberto y huelga toda experiencia o elaboración racional) y su curiosidad invencible por lo insólito, lo extraordinario e inexplicable, incluso por lo monstruoso y absurdo, pero capaz de captar muchos lectores en el amplio Imperio de Carlos V y sucesores al «Siete bonetes» sevillano.

Como es bien sabido, la *Silva de varia lección* aparece en Sevilla por vez primera en julio de 1540. Reaparece en diciembre del mismo año, y de nuevo pocos meses después, en marzo y julio de 1542. Hasta 1543, la obra presenta tres libros, desde entonces se amplía a cuatro. En 1576 se conoce ya esta obra en América, sobre todo en Méjico. La primera traducción alemana aparece en 1570, realizada por Johann Grass. Poco después de la muerte de Mejía (1551), un anónimo añade un 5.º y 6.º libros a los escritos por su autor; se disculpa de haber puesto la mano sobre un libro en el que «un hombre tan ilustre había puesto la suya». En 1673 se ha editado la *Silva* 36 veces, y ha conocido, gracias a Lucas Boleckhofer, su segunda versión alemana. Un inmenso público anónimo acompaña en Europa y América a la curiosidad erudita y la sencillez expresiva de Mejía; también gran-

<sup>1</sup> Pág. 173, cap. XXXVIII, vol. I de la *Silva de varia lección, compuesta por el Magnífico Caballero Pero Mexía*. Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1933. Todas las citas siguen esta ed. con introducción de Justo García Soriano, si bien ahorraremos mención de la Parte y del capítulo, limitándonos a la mención del vol. correspondiente de la ed. mencionada.

des escritores, españoles y extranjeros, que muchas veces le utilizan y alguna vez le satirizan: Montaigne, Cervantes, Shakespeare, Alemán y un largo etcétera de autores menos famosos. No es mi cometido en esta ocasión rastrear sus huellas, puntualmente detectadas, por otra parte, y por lo que se refiere a autores españoles, por C. Castillo, Avalor-Arce, Silverman, Américo Castro y Dámaso Alonso<sup>2</sup>; por lo que se refiere a la acción sobre extranjeros, por Van Praag, Don Cameron Allen, Selig, Pues y Turner<sup>3</sup>.

El tema actual es una cuestión de límites genéricos. ¿Qué escribe Pedro Mejía en 1540, tan seguro de la novedad como de la nobleza de su empresa? Formulado de otro modo: estos relatos —históricos, fantásticos o verosímilmente narrativos— ¿pretenden ser literatura amena o pretenden superarla de algún modo? Y aún más: ¿cuál es ese modo?

El *totum revolutum* temático, la tan suculenta, por otra parte, «olla podrida» de sus asuntos le ha ganado mucho favor entre el público y algún disfavor entre los críticos, porque la ha recluido en el capítulo de las meras misceláneas amenas y ha velado las coordenadas antropológicas trazadas por su autor. Mejía advierte en una ocasión: «Esta desorden es la orden de este mi libro», I, 34. Hay que contar, pues, con orden y desorden; orden antropológico oculto y cierto desorden positivo y meramente formal, que es deliberado, para que la variedad de las mercancías alcance la amenidad buscada por autor y lector.

Por lo pronto, cabría someter su amplio temario a tres órdenes de atención, referidos, como corresponde a un humanista renaciente, al hombre: pasado del hombre, vida moral del hombre, ámbito exterior relacionable y relacionado con el hombre. Cabría añadir incluso una intención —casi siempre tácita, en varias ocasiones expresa— de adoctrinar, de constituir con lo referido una lección de conducta para ese hombre cuyo pasado y presente revisa.

A ese pasado pertenecen la historia de los turcos o de los templarios, las páginas dedicadas al origen del linaje humano, a los güelfos y gibelinos, a la historia de Jerusalén, a los siete sabios de Grecia, a las sibilas, a la invención de la escritura o a la pintura entre los antiguos; constituyen estos capítulos la parte quizá más extensa de la obra. A un presente del hombre —que se asoma ingenuamente a la sicología, la fisiología o la moral— dedica Mejía las páginas sobre el secreto, la parquedad, la crueldad, el trabajo, la avaricia, la murmuración, la imaginación, la memoria, el sueño y el modo de dormir, el uso de anillos, el arte natatoria, la excelencia de la cabeza, la causa del parecido físico o la proporción anatómica, la

<sup>2</sup> C. CASTILLO, «Cervantes y P. M.», en *MPhil*, 1945-46, 94-106; AVALLE ARCE, «Los errores comunes: P. M. y el P. Feijoo», en *NRFH*, X, 1956, 400-403; J. H. SILVERMAN, «Plinio, P. M. y Mateo Alemán: la enemistad entre las especies hecha símbolo visual», en *PSA*, LII (1969), 30-38; A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes* (vid. más adelante, sobre el recuerdo cervantino en el *Quijote* de algunos temas tocados por Mejía); D. ALONSO, «Una fuente de *Los baños de Argel*», *RFE*, XIV (1927), 275 y ss.

<sup>3</sup> DON CAMERON ALLEN, «Jacques 'seven ages' and P. M.», en *MLN*, LVI (1941), 601-603; VAN PRAAG, «Sobre la fortuna de P. M.», en *RFE*, XIX (1932), 288-92; K. L. SELIG, «P. M. Silva and Horapollo», *MLN*, LXXII (1957), 351-56; F. PUES, «Les sources et la fortune de la Silva de M.», en *LR*, XIII (1959), 279-292, y «Du Verdier et Guyon, les imitateurs français de M.», en *Ibid.*, XIV, 1960, 15-40; PH. A. TURNER, «Sobre P. M. en Inglaterra», en *NRFH*, III (1949), 278 y ss.

concordia matrimonial o el sentido de la vista. Por fin, la circunstancia natural y sus relaciones con el hombre agruparía la prosa destinada a los días caniculares, a las excelencias del agua y a las propiedades maravillosas de ríos y lagos, a la lección permanente dispensada al hombre sobre las virtudes de muchas cosas por los mismos animales, a la rivalidad entre éstos, a la sangre de toro, a las propiedades de las hormigas y de la paja, a la cualidad terapéutica de la música, a los vientos, al número —siempre par— de los pies de los animales, sobre la amistad y enemistad entre muchas cosas, sobre la víbora o sobre el amor que profesan muchos brutos al hombre. Mejía pretende satisfacer una curiosidad universal del lector de su tiempo y concentrar, al modo de los refranes (en este tiempo ensalzados y estudiados), la experiencia humana. Con cierta candidez y sobriedad sevillanas —quizá adobadas de una casi imperceptible pizca de vanidad— confiesa en la Segunda parte, cap. IV: «Algunas cosas escribo en esta mi *Silva* que yo no las escogí ni las pensaba poner en ella, sino que acaso por algunas personas curiosas y amigas de saber las cosas antiguas he sido preguntado de ellas, pareciéndoles que, por ser hombre dado a leer, o las sabría o las podría saber más presto preguntándolas a mis libros» (I, 289).

Al modo de un divulgador de nuestro tiempo, haga reportaje o ensayo, Mejía procura documentarse sobre asuntos que satisfagan la curiosidad pública por su novedad, singularidad o actualidad. Escribir sobre Mahoma, por ejemplo, no resulta mera erudición histórica, sino un modo de mostrar «cuán pequeña centella fue el principio deste fuego que tanta parte abrasa *agora* del mundo» (I, 81); hablar de los turcos entraña la misma actualidad, ya que su imperio «el *día de hoy* es tan temido y tan grande» (I, 90). Sabe, por otra parte, que «el entendimiento del hombre codicia saber la razón de todas las cosas» (I, 110) y en particular «las más extrañas y singulares» (I, 172) o «las cosas grandes», ya que «las comunes nadie las quiere oír» (I, 391). Procura, además, brevedad y variedad: «siempre procuro brevedad, porque más lugar haya la variedad que procuro en este mi trabajo» (I, 352); tras cuatro capítulos sobre el matrimonio, exclama: «me quiero... mudar ya el propósito y escribir en otra materia, que ha ya mucho que tratamos de ésta» (I, 358). Por si alguien tacha de inverosímil lo referido, protesta de su erudición y descarga su responsabilidad sobre las espaldas de sus fuentes: «jamás escribo cosa que no la escriba o diga algún gran varón en letras o autoridad y vida» (I, 391). En resumen, Mejía escribe sobre lo singular con brevedad, actualidad y variedad; su objeto es satisfacer así la natural curiosidad universal de sus lectores; curiosidad que dirige, además, hacia una verdad subjetiva, e implícitamente a la moral del destinatario.

Menéndez Pelayo llamó a Mejía «compilador histórico y moralista ameno»<sup>4</sup>. Es evidente que esa amenidad no reside exclusivamente en la variedad o singularidad temáticas, sino en la dosificación sobria de sus lecciones morales. «Éstas son las vueltas que sabe hacer el mundo: el que menos tiene de él y menos codicia, más seguro está de estos trances. Ténganse por contentos los hombres con lo poco que Dios les diere...», etc. (I, 491). Mejía protesta contra la convención estética de

<sup>4</sup> En *Orígenes de la novela*, vol. XV de sus *OO.CC.*, 1943, p. 47.

tantos neostoicos y poetas, invocadores de la Fortuna pagana, ofreciendo así un modelo que recogerá Cervantes: «No hay Fortuna, ni debemos quejarnos o invocarla: todo viene de Dios» (II, 38).

Sí, Mejía vela al verdadero moralista, erasmista o no, que aloja bajo sus siete bonetes: moralista en la doble acepción de descriptor de costumbres y de maestro de conducta. Por ello, quizá admitan un amable retoque aquellas palabras de Bataillon sobre la *Silva*, según las cuales «el lector, como el autor, nada en el océano de una curiosidad sin preferencias, asiéndose sucesivamente a los despojos más heterogéneos»<sup>5</sup>. Mejía, efectivamente, no quiere escribir sobre cosas comunes y «sabidas de muchos» (I, 355), pero mantiene entre lo insólito sus preferencias: prefiere lo documentado, porque le parece verdadero («lo hace muy creíble la autoridad de los que lo escriben», declara); prefiere lo que entraña una lección de conducta.

El mismo Menéndez Pelayo subrayó el interés novelístico de la *Silva* en razón de las cortas narraciones a que obligan la historia de los godos o turcos entre otras; pero también «por ser un copioso repertorio de ejemplos de vicios y virtudes, que el autor compila a diestro y siniestro, de todos los autores clásicos»<sup>6</sup>.

Evidentemente, nuestro autor profesa una elevada idea de la imaginación como potencia creadora. Alguno de sus pronunciamientos sería aplaudido con regocijo por más de un médico psicosomático de nuestro tiempo. Una vez recuerda al rey Cipus, que se durmió con la imagen de dos toros en brava pelea, y al despertar se encontró con cuernos sobre su frente; a lo que añade, impertérrito: «Lo cual, si es verdad, fue que, movida y ayudada la virtud vegetativa con la imaginación, llevó a la cabeza humores proporcionados a procrear cuernos, y prodújolos» (I, 315).

Ahora bien, su objeto es informar, no contar, aunque para lo primero precise de lo segundo. Muchos títulos de capítulos nos remiten a los *exempla* medievales, como el XXVII de la primera parte: «De una mujer que casó muchas veces; y de otro hombre de la misma manera, que casó con ella al cabo, y en qué pararon. Cuéntase otro cuento de la incontinenencia de la mujer». Pero, después de una consideración general sobre la conveniencia de no reprender a las reincidentes, «porque nadie se espante de lo que viere en este caso —advierete— quiero contar lo que *sant Hierónimo cuenta* de una buena viuda; y él fue de tanta bondad y santidad que se debe tener por muy cierto, pues él lo escribe» (I, 231). Horror, pues, a parecer indocumentado o mentiroso: después del caso, el argumento de autoridad: lo escribe San Jerónimo, y punto redondo. Profesa un miedo «científico» a tratar cuerpo a cuerpo el suceso visto, imaginado o leído. Para la creación imagi-

<sup>5</sup> *Erasmo en España* (México-Buenos Aires, 1966), pág. 638. Bataillon relaciona la *Silva* estrechamente «con las tendencias por las cuales contribuyeron los erasmistas a una renovación de la literatura en lengua vulgar», si bien la escasa valoración que el libro le merece, le conduce a afirmar que «Erasmo interesa a Mejía cuando es menos Erasmo, cuando por azar se ocupa de fenómenos naturales en vez de ocuparse del hombre» (pág. 637). Cabe recordar, no obstante, que Mejía es traductor del *Demónico* de Isócrates, siguiendo sin duda el fervor erasmista por los moralistas de la Antigüedad. Vid. también sobre el tema J. MESEGUER FERNÁNDEZ, «Sobre el erasmismo de P. M., cronista de Carlos V», en *Archivo Iberoamericano*, VII (1947), 394-413.

<sup>6</sup> *Ob. cit.*, p. 52.

nativa, como es obvio, sobraba la autoridad, ya que para el relato no hay más autoridad legítima que su verosimilitud.

Encuentro, al menos, una excepción a este terror a lo indocumentado. Se trata del cap. «En el cual se cuenta una historia de dos caballeros que les dio imaginación que se debían ahorcar» (vol. II, 127 y ss.). La primera de estas historias procede de la *Cosmografía* de Pío II, el cual relata el suceso como «certísimo»; no nos interesa ahora, aunque es muy bella. La segunda carece de fuente conocida, pero «por cierta información he yo sabido que es verdadera». Sabe, además, que suelen agrandar al público los «cuentos y consejas fingidas, por ser nuevos y grandes», aunque las dos historias que contiene el citado capítulo constituyen relatos «verdaderos y no menos extraños que los fingidos». El anónimo y no escrito ocurre «en una ciudad de estos reinos». Se trata de un caballero que decía haber tenido la revelación de que iría al infierno, por lo que se obsesiona con la idea de ahorcarse, y lo intenta sin éxito en varias ocasiones, a pesar de la vigilancia, consejos y oraciones de sus parientes. Pero un día le visita un dominico, «hombre de santa vida y de grandes letras», el cual da por buena la revelación, con tal de que el caballero siga su singular consejo: que aplace todo lo posible el momento de ir al infierno, para lo cual deberá rogar a Dios que le alargue la vida. Nada es imposible a Dios —argumenta el dominico—, ni siquiera revocar sus propias sentencias. Y el «imaginativo» suicida concuerda con el aviso dominico, por lo que, «andando los tiempos, plugo a Dios que poco a poco perdió aquel pensamiento malo y comenzó a cobrar esperanza de poderse salvar». El suicida acaba, pues, como cristiano. «Tanto pudo el bueno y agudo consejo —concluye Mejía— de aquel sabio religioso» (II, 130).

Me había permitido aludir antes al antecedente de los *exempla* medievales. Pues bien, conocemos la vinculación ideológica de don Juan Manuel a la orden de Predicadores, aquí representada casualmente. El carácter didáctico-moral de este relato sin padre —o sin otro padre, aparentemente, que Pedro Mejía— es sobradamente visible en las últimas líneas. Sea como fuere, parece evidente que así como Juan Manuel huía por la vía didáctica de la vulgaridad de lo ameno-anecdótico, ya que así mantenía su conciencia de clase mientras escribía, Mejía no transige con lo narrativo sino a costa de su veracidad más o menos ejemplar: Mejía es un cartógrafo de la Casa de Contratación, un matemático respetable, un astrónomo, un «científico» de la Sevilla renaciente.

En 1964 me permití mostrar la *Silva* como una de las fuentes «secretas» del P. Feijoo, y en consecuencia como una especie del *plancton* que nutre al ensayo moderno<sup>7</sup>. En este trabajo señalé tres elementos comunes a ambos escritores: un premeditado *totum revolutum* («esta desorden es la orden de este mi libro») que da al mismo un marcado carácter misceláneo; en ambos aparecen tres miembros estructurales, generalmente explícitos, que constituyen su esqueleto argumental: experiencia, razón y autoridad, si bien el testimonio de los antiguos suple todo empirismo personal en el caso de Mejía —hombre del Renacimiento, no de la Ilustración—

<sup>7</sup> «La 'Literatura mixta' como antecedente del ensayo feijoniano», en *El P. Feijoo y su siglo* (Oviedo, 1966), vol. I, págs. 79-89.

aunque existan casos en que el testimonio de una autoridad no se admite como decisivo, así como Feijoo acata alguna vez patrañas populares en casos de imposible empirismo; finalmente, la fisonomía familiar se extiende por la identidad de los temas tratados, en algún caso procedente de fuentes comunes, v. gr. el elogio del trabajo y ataque consiguiente a la ociosidad, la necesidad y propiedades del agua, el parecido físico como herencia de lo contemplado por las madres en la concepción o gestación, historias de animales enamorados de humanos (como un delfín que, transportando lúdicamente sobre su lomo a un mancebo, anticipa su regreso a la playa al comprobar que va tiñendo de sangre las aguas, como consecuencia de haber atravesado involuntariamente el cuerpo del muchacho con una de sus aletas, o, en fin, la capacidad de las campanas para conjurar nublados y tempestades. No sólo rastreaba Feijoo entre la tradición popular los errores del vulgo, o en diccionarios como el de P. Bayle; recurría también, sin duda, a fuentes literarias españolas, como Mejía, cuya lectura no constituía, sin embargo, un ornato ilustrado.

¿Es verdad que el «apacible desorden» que presenta el libro sevillano sea, como afirmaba Menéndez Pelayo en los *Orígenes de la novela* «la única cosa en que el libro se asemeja a los ensayos de Montaigne»? No parece doctrina resuelta. Desde que G. Lanson mantuvo en 1900 que quien quiera comprender el primitivo diseño de los *Essais* ha de echar un vistazo a la *Silva* —ya que de ésta tomó Montaigne préstamos diversos, así como «el tipo exacto de lo que Montaigne concebía cuando se ponía a escribir»—, se han ido sucediendo opiniones varias, que van de la identidad absoluta del estilo (J. Caillat), a los que certifican un provecho tan insuficiente como dudoso (Bouillier), pasando, claro está, por los que basan la identidad temática en fuentes comunes (Clément)<sup>8</sup>. No voy a pronunciar sobre la materia. No es éste mi objeto. Pero sí cabe, dentro de éste, la muestra de unos pocos ejemplos del sevillano que nos evidencien la diferencia de talante, la ausencia de una holgura subjetiva en asuntos que conseguirían en Montaigne una mayor desenvoltura y despliegue autobiográficos, como corresponde al naciente género.

Mejía mantiene que los hombres alcanzaban en el pasado una mayor edad por razones astrológicas. Escribe: «Ayudaba y sostenía también la salud y vida de los hombres en aquel tiempo y principio los cursos y influencias celestiales de las estrellas y planetas más benévolos que ahora, porque no habían pasado tantos aspectos, conjunciones y eclipses...» (I, 17). Esto es todo. Y nos preguntamos qué no hubiese dicho Montaigne sobre el particular si poseyera las aficiones y estudios que se atribuían en su tiempo a Mejía sobre esta materia. Pero hay más: autoridades (Columela, Ptolomeo, etc.) y razones astrológicas se unen para determinar en otro de los capítulos los días caniculares. «En lo que toca a la noticia de los días caniculares, parece que basta lo dicho; y aunque pudiera decir más, porque no es materia para todos, lo quiero dejar» (I, 138). El «siete bonetes» sevillano nos deja, pues, con siete palmos de narices. ¡Un sevillano, y para colmo astrólogo, no puede decirnos más de los días caniculares! Desde Montaigne el ensayo procura, precisamente, hacer «materia para todos» lo que en principio parecía y era para pocos.

<sup>8</sup> Ob. y lug. cit.

Rodrigo Caro nos transmite una curiosa anécdota que se relaciona con lo dicho y con lo que ahora añadiré. Dice: «Había adivinado Pero Mexía, por la posición de los astros de su nacimiento, que había de morir de un sereno, y andaba siempre abrigado con uno o dos bonetes en la cabeza debajo de la gorra que entonces se usaba, por lo cual le llamaban *Siete bonetes*; sed non auguriis potuit depellere pestem; porque estando una noche en su aposento, sucedió a deshora un ruido grande en una casa vecina, y saliendo sin prevención al sereno, se le ocasionó su muerte, siendo de no muy madura edad»<sup>9</sup>.

Pues bien, en una ocasión, mantiene que lo más importante del cuerpo humano es la cabeza (I, 113). Julio César, Aníbal y Masinisa fueron «tan sanos y recios de cabeza», afirma, que jamás la cubrieron; alguno, ni en la vejez o bajo nieve y lluvia soportó cosa alguna sobre la cabeza. Y respecto a la cortesía de descubrirse, confiesa que «verdaderamente es ello cosa muy trabajosa quitar algunas veces el bonete a muchos, y sería mejor que nos saludásemos y honrásemos de palabra» (114). ¡Menu-da disculpa para el amor a su bonete o para el miedo de que se cumpliera la predicción astrológica! Imaginémonos el entrelazado anecdótico, el lujo y jugo subjetivos y amenos que a tal tema y situación extraería Montaigne. Pero Mejía, como decía, relataba para enseñar, como un científico del s. XVI; Montaigne hacía de sí mismo su propio protagonista. Ambos parten de una misma curiosidad pre-científica; uno se queda en un más acá inhibido y otro se va al más allá autobiográfico y personal. Sea o no el ensayo un injerto de la ciencia en la literatura, como quería Pérez de Ayala, no hay duda que el género está germinando en estos hombres.

Por el *Prohemio* de la *Silva* sabemos de la conciencia de originalidad que disfrutaba su autor; «Y aunque esta manera de escribir sea nueva en nuestra lengua castellana, y creo que soy yo el primero que en ella haya tomado esta invención...» (I, 10). No niega ni oculta sus modelos; como que los nobles antepasados garantizan la del propio individuo. Así, en la Antigüedad ha cultivado esta manera Macrobio en sus *Saturnales*, Aulio Gelio en sus *Noches áticas* y Ateneo en el *Banquete de los sofistas*; en sus días, los italianos Pietro Crinito, Ludovico Leónico y otros. Pero así como en su tiempo acompañan a Mejía Guevara, Luis de Zapata o Antonio de Torquemada, y otros eruditos de curiosidades minúsculas, le seguirán después otros imitadores, como el Antonio de Eslava de las *Noches de invierno* (1609), el Suárez de Figueroa de buena parte del *Pasajero* (1617), la *Plaza universal de todas las ciencias y artes* (1615), el *Pusilipo* (1629) o el famoso *Para todos* de Montalbán, cuyo variopinto contenido aguijó la ironía de Quevedo para parangonarlo con el coche de Madrid-Alcalá.

Se trata, es claro, de compilaciones de conocimientos curiosos que se sitúan en la zona media de la cultura de entonces: lo que Feijoo, reacio a escribir sobre materias graves, como la historia de la Teología, denominará «literatura mixta», entonces embutida en discursos que hoy llamamos ensayos, género destinado a la incomprensión de los creadores de entonces y de los científicos posteriores, incapaces ambos de comprender lo que tenía de germinal actitud crítica y de acercamiento arriesgado a la verdad.

<sup>9</sup> Vid. un puntual recuento de F. Pues, primero de los dos arts. citados en la nota 3.

Américo Castro registró dos préstamos indudables de Mejía a Cervantes en el *Quijote*<sup>10</sup>. Cabría añadir, además, la caricatura que traza de estas misceláneas en el cap. 22 de la 2.<sup>a</sup> parte del *Quijote*, cuando, después de las bodas de Camacho, amo y criado siguen a un guía, facilitado por el licenciado, que les conducirá a la cueva de Montesinos. Este guía es «un famoso estudiante y muy aficionado a leer libros de caballerías», que publicaba libros de «gran provecho y no menos entretenimiento», en los que explicaba quién fue la Giralda, quién fue el primero que tuvo catarro o quién el primero en tomar unciones para curarse unas bubas, a lo que el socarrón de Sancho interrumpe con otra pregunta, la de si sabe quién fue el primero en rascarse la cabeza. Pero la voz de Cervantes es perfectamente audible cuando hace sentenciar al hidalgo que «hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria». El colmo de la ironía e incomprensión cervantinas —compatibles, no obstante, con la lectura y provecho de tales libros— se advierte cuando hace confesar al guía que su profesión es la de *humanista*.

Y concluyo. Me preguntaba al comienzo por el alcance pretendido por Mejía. Parece ahora acomodado a razón contestar, a modo de síntesis, así: impulsado por una curiosidad literaria hacia lo insólito o recóndito, Mejía informa con erudición. Pero su fin no es el entretenimiento, como en muchos de sus seguidores, sino la verdad, y por ello aduce, como un científico, sus fuentes, huyendo de un cara a cara personal con la realidad contada, que adquiere su justificación en su carácter ejemplar. De los caracteres que —de Montaigne a Feijoo, y de Feijoo a Unamuno— singularizan a este género, Mejía ostenta ya muchos (desorden aparente y formalmente patente, patriotismo, afán de conocimiento, variedad y actualidad temáticas), pero carece de aquel que suele enseñorear a todos: el subjetivismo, por el que el escritor se constituye en aduana central de todos los ejercicios y el sello definitivo de la creación literaria.

<sup>10</sup> Cit. MENÉNDEZ PELAYO, *ob. loc. cit.* La obra de CARO, *Claros varones en letras, naturales de Sevilla*.